

UC Berkeley

Lucero

Title

La problemática del tiempo y la identidad en La muerte de Artemio Cruz

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/27m8x5hj>

Journal

Lucero, 3(1)

ISSN

1098-2892

Author

Fernández Utrera, María Soledad

Publication Date

1992

Copyright Information

Copyright 1992 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

La problemática del tiempo y la identidad en *La muerte de Artemio Cruz*

María Soledad Fernández Utrera, University of Southern California

La lucha del hombre contra el tiempo es una constante en torno a la que se organiza el pensamiento filosófico y religioso de todas las épocas. Y es, así mismo, una obsesión en cualquiera de las expresiones del arte. La totalidad de la obra de Carlos Fuentes, al amparo del pensamiento de Friedrich Nietzsche —al menos en parte—, es un ejemplo sobresaliente de la preocupación del artista por la problemática de la permanencia y del tiempo, y así lo hallamos expresado en obras como *La región más transparente*, *Cambio de piel*, *Terra Nostra* o *La muerte de Artemio Cruz*. En todas ellas, al tiempo cronológico, irreversible, se opone la presencia alternativa de un tiempo mítico o circular: el tiempo del eterno retorno, que se propone anular la fugacidad y caducidad de la existencia. En obras como *Terra Nostra* la tensión entre estas dos categorías temporales se resuelve en favor de la reaparición de esquemas míticos que perfilan el futuro y aseguran la continuidad de una historia que ya no es irreversible (Williams). En *La muerte de Artemio Cruz*, sin embargo, el conflicto entre tiempo circular y tiempo cronológico se problematiza, y, en casi todo el relato, una bruma de ambigüedades envuelve en dudas irresolubles tanto a Artemio como al lector. Finalmente la novela se decanta hacia un tono aparentemente fatalista al esbozar la imagen de un universo y hombre percederos, insertos en el devenir de una historia irreversible. Pero, tal pesimismo sólo lo es en parte; el tiempo lineal, al que se doblegan los seres y el universo entero, abre, en contrapartida, la posibilidad de evasión del ciclo cósmico, del eterno retorno en el que los acontecimientos se suceden inmodificables e idénticos. Al

hombre se le ofrece, al menos en cierta medida, la responsabilidad de ser dueño de su destino y de la historia. En este aspecto, *La muerte de Artemio Cruz* se aparta del pensamiento de Nietzsche que, al aceptar la idea del eterno retorno hunde necesariamente toda posibilidad de novedad.

Ahora bien, si en este punto Carlos Fuentes se aleja del filósofo alemán, no lo hace en lo referente a la teoría sobre la problemática de la identidad del hombre (conectada en *La muerte de Artemio Cruz*, al tema del tiempo). Vida y muerte de Artemio Cruz se tejen a la sobra del ideal del “superhombre.” La presencia de este concepto se hace evidente si se esclarece el entramado de significados simbólicos y funciones que configuran el personaje de Artemio Cruz. Su figura se proyecta hacia una dimensión más profunda y abstracta que la de ser el hombre mexicano, miembro de una nueva clase burguesa enriquecida a partir de la Revolución. Artemio es “el hombre,” el ser humano, y no sólo una individualidad psicológica y espiritual, representante de una clase social específica, en un tiempo y un espacio concretos. Artemio Cruz, como el hombre de Nietzsche, es un continuo hacerse, un ser en transformación. Su vida se define como voluntad de poder, en el sentido de voluntad de afirmación y realización de sí mismo, de expansión. El móvil que genera la dinámica de cada uno de sus actos es el de imponerse a los otros, de sobrevivir —*leitmotiv* recurrente, obsesivo, en *La muerte de Artemio Cruz*:

Tu sobrevivirás....
tú sabrás, discernirás, enjuiciarás, calcularás, imaginarás, pre-

vendrás, acabarás por pensar lo que no tendrá otra realidad que la creada por tu cerebro, aprenderás a dominar tu violencia para dominar la de tus enemigos: aprenderás a frotar dos maderos hasta incendiarlos porque nece-sitarás arrojar una tea a la entrada de tu cueva y espantar a las bestias ... y tendrás que ... dominar mil pueblos, romper mil átomos para volver a arrojar tu tea encendida a la entrada de la cueva....

descenderás con tus diez mil millones de células cerebrales ... a explorar, satisfacer tu curiosidad, proponerte fines, realizarlos con el menor esfuerzo, evitar las dificultades, preveer, aprender, olvidar, recordar, unir ideas, reconocer formas, sumar grados al margen dejado libre por la necesidad, restar tu voluntad a las atracciones y rechazos del medio físico....

eligirás, para sobrevivir elegirás.... (206-09)

Artemio, como el ideal de Nietzsche, “no es más que el hombre que tiene el ‘sentido de la tierra’, que es libre para la tierra” (Hidalgo 448). Ejerce su voluntad de poder, de ser capaz de crear nuevos ideales, de sobrevivir apoyándose en su entendimiento, en su talento para valorar y elegir libremente su destino, avanzando adelante e imponiéndose.

Fiel al riesgo que supone sobrevivir, niega toda utopía espiritual, todo lo sobrehumano. Dios no es sino una ilusión del hombre. Dios está muerto porque está olvidado (Hidalgo 448-49). Artemio Cruz niega a Dios, rechazando a sus representantes —el cura Páez y el confesor que le asiste en su agonía—, rehusando lo que para él, para su mundo voluntarioso, significan: la muerte. Los niega porque necesita afirmar su vida. En este

sentido debe interpretarse la obsesión simbólica de Artemio por rechazar el olor del incienso, representativo de la doctrina y cosmovisión judeo-cristiana, que le condena no sólo a la muerte en vida —a un sentimiento de culpabilidad ineludible— sino también a la pérdida de esperanza de la eternidad. Porque la renovación que predica el cristianismo no es para toda la colectividad; es regeneración sólo para unos cuantos, los escogidos, los que no traicionaron la fe, como Artemio, en cada uno de aquellos momentos de elección en los que optó por ponerse del lado de la vida.

Ahora bien, ante el temor de la nada, en un desesperado intento de salvación, de acceso a lo eterno, Artemio se debate en la necesidad del perdón y en la añoranza de Dios. Sin embargo, Artemio ha perdido la fe porque ha afirmado la vida terrena, y la posibilidad de trascendencia dentro de los parámetros de la doctrina cristiana se hace así imposible. Catalina —figura elaborada sobre una compleja pluralidad de funciones simbólicas como casi la totalidad de las protagonistas femeninas de Fuentes (Saldivar 97-145)— es la voz acusadora, la materialización de la conciencia culpable a la que Artemio aún sigue sujeto, y en la que busca el perdón que le abriría las puertas de la eternidad. Pero Artemio es incapaz de hacerse perdonar porque afirma la vida terrena, porque no puede someterse a un acto último de perdón y arrepentirse simbólicamente de su pecado comunicándoselo a la mujer, Catalina (114-15).

En el rechazo de Artemio del cristianismo se suma la conciencia intuitiva de que, aún a pesar de la promesa de eternidad, en la concepción judeo-cristiana del tiempo lineal está implícita la idea de muerte. Como ha estudiado Mircea Eliade en *Mito y realidad*, la doctrina judeo-cristiana sobre el cosmos y el hombre se sustenta en el mito del Fin del Mundo, que sostiene que el Universo está sometido a un proceso continuo de degra-

dación. La cosmogonía o creación de todas las cosas y seres ha sido única e irrepitable. El fin será, de la misma manera, uno solo. El tiempo es lineal, cronológico. La historia del hombre y del mundo es irreversible (Eliade 70).

El fatalismo de la doctrina judeo-cristiana, su pesimismo, se agudiza en ciertas corrientes nihilistas del mundo moderno. El proceso de deterioro al que está sujeto el cosmos no concluirá en la eternidad sino que su destino es la destrucción absoluta y la Nada. Este pensamiento nihilista es la sombra que pende en la conciencia de Artemio agónico que intuye el vacío total, el no ser, tras la muerte:

para qué morir... por qué morir...
por qué morir sufriendo... por
qué no seguir viviendo... la vida
muerta... por qué pasar... de la
nada viva a la nada muerta....
(274)

La angustia generada por la presencia inmediata de la muerte, la imposibilidad de hacerla frente al amparo de la religión, llevan a Artemio al refugio mítico, a la idea cíclica del cosmos con la que el ser humano pretende explicar el suceder de los acontecimientos. Como para el hombre de Nietzsche, el eterno retorno supone el sueño de afirmarse en su voluntad de vida después de la muerte — y aún a pesar de que esta repetición termine por convertirse en anillo asfixiante, una noria, una idéntica reiteración a la que, paradójicamente, el superhombre está atado.

Con la idea del eterno retorno Nietzsche da un vuelco al concepto occidental del Tiempo y la Historia que había predominado en Occidente desde los Padres de la Iglesia. Pero no es Nietzsche la veta exclusiva de donde Fuentes extrae su concepción del eterno retorno. Como indica Mircea Eliade, la concepción mítica de la historia, aunque no es frecuente en el mundo occidental, sí configura la base de ciertas culturas orientales

como la hindú o americanas como la ya extinta cultura azteca (65).

La doctrina del ciclo cósmico habla de un Tiempo primordial en el que acaeció la creación del mundo y del hombre. A la cosmogonía le sigue un proceso inevitable de degradación, de escisión, del Universo y del Ser humano que amenazan ruina. Ante la inminencia del caos se hace imprescindible un ritual simbólico que, efectuado periódicamente al final o principio de un ciclo, permita la regeneración. En dicho ritual, al recordar y actualizar el momento inicial de la creación, se vuelve a los orígenes.

Uno de estos ceremoniales, que posibilita la renovación espiritual, la regeneración del hombre, es el *regressus ad uterum*, o regreso hacia atrás, al pasado (Eliade 95). La estructura de dicho ritual constituye el eje sobre el que se levanta el esqueleto narrativo y a partir del cual se genera la dinámica argumentativa en *La muerte de Artemio Cruz*. El "Yo" agonizante de Artemio, en un esfuerzo último por hacer frente al caos, al dolor de la existencia y el tiempo que irremediablemente le conduce a la muerte, se esfuerza por recordar su pasado. El protagonista se remonta desde el presente hasta las tinieblas prenatales y el instante de su nacimiento en una choza de esclavos en la hacienda de los Mencheca. El conjunto de estos episodios recordados — que se recogen en el nivel narrativo del "Él" — y su valoración mítica y moral — en el nivel narrativo del "Tú," el de la conciencia de Artemio — constituyen el total de la novela.

Mircea Eliade muestra el significado de este rito presente también en los ceremoniales iniciáticos de una gran parte de las culturas primitivas actuales. En el regreso al pasado, el individuo, partiendo del presente, remonta el tiempo hasta el Origen, el momento del comienzo absoluto. La memoria se constituye, así, en la forma esencial de conocimiento que permite acceder al Gran Uno Primordial, el No-Tiempo: al Eterno

Presente de la inmortalidad. El recuerdo evita la acción del fluir temporal, el proceso de degradación (91-98).

Artemio Cruz, al borde de la muerte, recuerda episodios decisivos en su pasado, momentos de su vida en los que debió elegir, fraguar su destino en cada una de las elecciones. El orden narrativo en que se ofrecen los hechos al lector no responden a una linealidad cronológica, sino temática, pero el estar encabezados por una fecha permite recomponer la trayectoria vital de Artemio Cruz desde su nacimiento: infancia y adolescencia en la hacienda de los Mencheca, al lado de Lunero (esclavo de los caciques y hermano de Isabel, madre de Artemio); la muerte del tío, y el asesinato involuntario de don Pedrito a manos de Artemio constituyen el segundo nacimiento del muchacho, su ceremonial de iniciación en el que pierde la inocencia, y comienza a vivir; el consejo de su maestro que introduce a Artemio en la turbulencia de la Revolución. Tras la muerte de Regina, su amante, da comienzo el proceso de degradación, de traición a su destino. La felonía se concreta en el abandono del soldado herido en el bosque, y en la deslealtad para con el indio yaqui y Bernal. A partir de ahora, su ascenso económico y político, apoyado en el poder de la tierra, en la explotación del campesino, se continúa hasta el momento de su muerte. Pero, elegir este destino, ha significado, en contrapartida, la renuncia al amor de Catalina, su mujer, de su hija Teresa y de Laura, otra de sus amantes. Traicionó su deseo —la libertad y el amor— por sobrevivir, doblegándose a los impulsos del poder y del miedo.

El retorno a los orígenes, además de remonar al iniciado al Tiempo sagrado del Principio, al Eterno Presente, posibilita, de igual modo, comprender el pasado y quemar los pecados: “la suma de actos colocados bajo el dominio de la ignorancia” (Eliade 92). Cada una de las elecciones de Artemio es una infidelidad a lo que debiera haber sido

su destino, porque eligió mal. Cada opción asumida es un “pecado” y, al mismo tiempo, el sentimiento de culpa del cual sólo puede redimirse con la *anamnesis* en el momento final de la muerte. Porque la memoria le abre las puertas del conocimiento. Artemio recuerda y sabe —quiere pensar— que no hubo opciones, que su elección de una moral egoísta estuvo determinada, que no fue libre para escoger, que la única posibilidad era seguir el hilo de la vida, sobrevivir:

pensarás que no se puede
escoger, que no se debe escoger,
que aquel día no escogiste: dejaste
hacer, no fuiste responsable, no
creaste ninguna de las dos morales
que aquel día te solicitaron: no
pudiste ser responsable de las op-
ciones que tú no creaste ... porque
el mundo sólo te ofrecerá sus
tablas establecidas, sus códigos en
pugna, que tú no soñarás, que tú
no pensarás, que tú no vivirás ...
vivir es traicionar a tu Dios; cada
acto de la vida, cada acto que nos
afirma como seres vivos, exige
que se violen los mandamientos
de tu Dios... tú rechazarás la culpa;
tú no serás culpable de la moral
que no creaste, que te encontraste
hecha: tú hubieras querido:

querido

querido

querido ... tú inocente

tú querrás ser inocente,

tú no escogiste, aquella noche.

(122-25)

Si vivir es una cadena de elecciones para perpetuar la existencia, cada acto de decisión es traicionar la moral cristiana. La salvación de Artemio, limpiar su culpa, sólo será posible en el determinismo de una concepción mítica. La doctrina católica, su idea de la libre elección del hombre entre el bien y el mal, condena irremisiblemente a

Artemio. Quiere creer que no fue libre, pero la voz de la conciencia, de la duda (el nivel narrativo del "Tú") niega tal determinismo. Artemio fue libre para poder escoger otro destino: no apartar a Catalina de su hijo Lorenzo, y no obligar a éste a completar la vida que él rechazó; no abandonar al soldado herido en el bosque, morir con él, como él, víctima de la Revolución; el amor de Laura, la última oportunidad de salvarse, de escoger la libertad y el amor, y no su imperio económico y político; mantenerse fiel a los ideales de la Revolución y no abandonar a al yaqui y a Bernal a su destino; no visitar a don Gamaliel en Puebla; no forzar a Lilia, la joven prostituta; pedir perdón a su esposa Catalina, reconocer su culpa.

Al elegir un destino Artemio asume una identidad pero descarta, irreversiblemente, una infinitud de otras posibles identidades:

eligirás, para sobrevivir elegirás, elegirás entre los espejos infinitos uno solo, uno solo te reflejará irrevocablemente, que llenará de una sombra negra los demás espejos, los matarás antes de ofrecerte, una vez más, esos caminos infinitos para la elección.

decidirás, escogerás uno de los caminos, sacrificarás los demás: te sacrificarás al escoger, dejarás de ser todos los otros, hombres que pudiste haber sido, querrás que otros hombres —otro— cumpla por ti la vida que mutilaste al elegir: al elegir sí, al elegir no, al permitir que no tu deseo, idéntico a tu libertad, te señalará un laberinto sino tu interés, tu miedo, tú orgullo. (209)

La integración de todos los destinos, de todos los hilos de su vida, es la aspiración de Artemio: la totalidad, la unidad. Porque el Uno es el centro místico, la síntesis donde se

integran todos los elementos opuestos y diversos, el Principio, lo Eterno. Artemio persigue la conjunción, completar su destino, con el destino de Lorenzo, su hijo, porque la unidad supondría la inmortalidad, la continuidad en el Otro. Pero la verdadera identidad de Universo y del Hombre no es la integración totalizadora de todas las identidades, de todas las imágenes reflejadas en los espejos; es la dialéctica irresoluble del principios contrarios. La verdadera identidad es intentar superar la dualidad que se expresa en todo lo creado: continuo enfrentamiento y continua salida al encuentro de lo opuesto para asimilarlo.

La doctrina de los principios antitéticos está presente en numerosas culturas, incluida la azteca. La materia prima del Universo dio lugar a los dos principios opuestos: lo positivo y lo negativo; lo masculino y lo femenino; el sol y la tierra; la luz y las sombras. Lo que caracteriza a Artemio es su naturaleza dual: el Yo y el Otro en continuo enfrentamiento que nunca es unidad sino tensión, búsqueda de integración que no termina de realizarse. Artemio es el Yo que busca y rechaza alternativamente al Otro, que quiere sentirse completo con él, y al que traiciona: Artemio y Lorenzo, Artemio y el soldado herido en el bosque, su doble, su gemelo de los ojos negros. Pero, sobre todo, la ambivalencia del ser, la continua dialéctica no resuelta entre sus opuestos, la unión fugaz, se expresa en la relación de Artemio y la mujer —Catalina, Regina—: Artemio y la Otra.

Si Artemio es el elemento positivo, lo masculino, el sol, la luz, Catalina es el otro eje de la polaridad: lo negativo, lo femenino, la tierra, las sombras. Al igual que Artemio, Catalina es un ser escindido, sometido a la tensión de fuerzas antagónicas que no puede superar, a las que duda sea necesario sobreponerse: el cuerpo y el espíritu. Los dos impulsos, alternativamente, la acercan y separan de Artemio, lo masculino, cuya integración la constituiría en un ser completo: "He dividido mi vida en noche y día, como

para satisfacer a las dos razones. ¿Por qué no puedo escoger una sola, Dios mío?” (105). Artemio es para Catalina esa parte masculina —el *Animus* en términos de Jung— que no puede integrar, que convierte su existencia en un proceso doloroso (Saldivar 102-03). Catalina, de idéntica forma, es para Artemio el *Anima*, la parte femenina indispensable para su integridad y equilibrio. Las relaciones entre Catalina y Artemio no son de conjunción sino relaciones de dolorosa imposición de uno u otro de los polos alternativamente: Catalina vence a Artemio durante el día, éste a la mujer en la noche. Es la lucha dialéctica irresoluble, que concluye en el rechazo de Artemio agónico de la caricia de la esposa; es la pérdida de la última esperanza de alcanzar la totalidad, la unidad que asegure la permanencia. De nuevo, el espejo —constante simbólica en la obra de Fuentes (Befumo 177-86)— se constituye en la imagen que expresa esta ambivalencia:

Ella también pensará en su orgullo. Allí nacerá la chispa. Allí la escucharás, en ese espejo común, en ese estanque que reflejará los rostros de ambos, que los ahogará cuando traten de besarse, el uno al otro, en el reflejo líquido de sus rostros: ¿Por qué no miras a un lado?; allí estará Catalina en su carne; ¿Por qué tratas de besarla en el frío reflejo del agua? ¿Por qué no acerca ella su rostro al tuyo, por qué como tú, lo hunde en las aguas estancadas. (92)

El espejo refleja una entidad escindida, que es en sí presagio de la muerte; el espejo es el medio estancado en que se ahogan simbólicamente Catalina y Artemio condenados perpetuamente a la separación, perpetuamente separados, incompletos. Catalina y Artemio, solos porque eligieron el silencio,

porque se negaron el uno al otro la palabra que comunica, que quebranta la soledad: palabra ritual que posibilita la conjunción de contrarios.

La imagen que refleja el mar, el espejo que forma el agua inmóvil, del joven Artemio y su amante Regina es, sin embargo, la de la totalidad, la unión que ha posibilitado la comunicación y el amor (66). Pero esa imagen del espejo es una ilusión, una mentira tejida en la imaginación de la mujer para calmar el dolor del recuerdo de Artemio, de su violación, de su pecado. La totalidad, la integridad, que sería la vuelta al Uno de los comienzos, a la intemporalidad, es un espejismo. O es, quizás, un momento, tan fugaz, tan breve como el momento de unión física de los amantes en el Centro Sagrado del Mundo, simbólicamente, en el sexo femenino:

cuando Regina se pierde y se deja vencer y contesta ... hasta darse cuenta de que todo ha sucedido al mismo tiempo, sin que uno haya podido contemplar al otro porque ambos eran la misma cosa y decían las mismas palabras:

“—Ahora soy feliz.

“—Ahora soy feliz. (68)

La verdadera identidad del individuo es su naturaleza ambivalente y dual, el proceso de disgregación a que está sometido. La continua dialéctica de oposición y encuentro fugaz de sus polos antitéticos, sin embargo, posibilita el movimiento, genera vida. Existir implica, inevitablemente, fluir temporal y muerte. La naturaleza del hombre es la de ser un ente incompleto, es decir, condenado a la caducidad y a la soledad. Un hombre que, como Catalina y Artemio, se obsesiona y angustia al contemplar su imagen reflejada en el espejo, la figura envejecida y solitaria que amenaza y sombrea su existencia (168;

233). El hombre, como el Universo, está sometido a un proceso continuo de degradación, de escisión, que concluye en la muerte, el caos, la disgregación absoluta. Artemio será en su agonía sólo una mueca fracturada en mil espejos que reflejan su imagen rota (9). Esta mueca deforme, tan grotesca como la muerte, es la imagen que el autor mexicano nos ofrece del hombre en *La muerte de Artemio Cruz*.

Carlos Fuentes sigue así los pasos de otros escritores preocupados también por la misma problemática de la identidad. Esta ha sido una constante en la literatura mexicana a partir de la novela de la Revolución y, como han analizado, entre otros, Luis Harss, Joseph Sommers y Maria Stoopan, es también una constante en toda la obra de Carlos Fuentes. En los cincuenta, *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, es un paso decisivo en la reevaluación de lo que es el ser y la nación mexicana, y su imbricación dentro del contexto occidental. A partir de los sesenta, dice Harss, con la obra de Fuentes comienza a percibirse que la verdadera identidad del mexicano se establece desde la base de no ser sino un contemporáneo de su generación. Su verdadera identidad está en ser un "hombre" (342-43). A medida que avanza la obra de Fuentes, la preocupación por analizar la identidad del hombre se va convirtiendo en foco de atención central, al tiempo que el problema de la mexicanidad, muy importante aún en *La región más transparente*, pierde relieve.

Sin embargo, en *La muerte de Artemio Cruz*, como señala Sommers, el problema fundamental es una percepción universalista de la identidad del hombre mexicano, un análisis del "hombre," de lo que le define como ser humano. El ser que siente la angustia de la muerte, la nada acechándole al final del camino, que intenta oponer resistencia dentro de los parámetros del tiempo mítico, circular: el tiempo del eterno

retorno. Pero la fugacidad irreversible de la existencia se impone a Artemio, al hombre, que termina por confesarse, dolorosamente, que "no habrá más tiempo que éste, el vivido..." (259). El hombre, como el cosmos es perecedero; tuvo un principio y tendrá un fin único, porque su naturaleza es la dualidad, la escisión que muestra el espejo en el que se mira para saber quién es. El cosmos, como el hombre se reflejan en el espejo fracturado que es la novela de Fuentes, que ya no es más ese espejo integrador de la narrativa decimonónica que, paseado a lo largo del camino, ofrecía la imagen de un mundo y un hombre completo y totalizador. Es imposible retornar al Gran Uno Absoluto, al Tiempo sagrado y eterno de los comienzos. El cosmos, un día, como las tres dimensiones de Artemio, "Yo," "Tú" y "El," terminará por desaparecer en la Nada:

Todo existirá, se moverá, se separará, en un río de cambio que en ese instante lo disolverá, envejecerá y corromperá todo, sin que se levante una voz de alarma... empezar a vivir, llenar el tiempo, ejecutar los pasos y ademanes de un juego macabro en el que la vida avanzará al mismo tiempo que la vida muera; de una danza de locura en la que el tiempo devorará al tiempo y nadie podrá detener, vivo, el curso irreversible de la desaparición.... El niño, la tierra, el universo: en los tres, algún día no habrá ni luz, ni calor, ni vida.... Habrá sólo la unidad total, olvidada, sin nombre y sin hombre que la nombre: fundidos espacio y tiempo, materia y energía.... Y todas las cosas tendrán el mismo nombre.... Ninguno.... Pero todavía no.... Todavía nacen hombres.... (312-13)

Obras citadas

- Eliade, Mircea. *Mito y realidad*. 5ª ed. Barcelona: Editorial Labor, 1983.
- Fuentes, Carlos. *La muerte de Artemio Cruz*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Harss, Luis y Bárbara Dohman. *Los nuestros*. Trans. Luis Harss. México: Hermes/Sudamérica, 1984.
- Hidalgo, A., Iglesias y Sánchez. *Historia de la filosofía*. Madrid: Anaya, 1978.
- Saldívar, Samuel G. *Evolución del personaje femenino en la novela mexicana*. Lanham: University Press of America, 1985.
- Sommers, Joseph. *Yañez, Rulfo, Fuentes: La novela mexicana moderna*. Trans. Ariel Gryner. Caracas: Monte Avila Editores, 1969.
- Stoopen, Maria. *La muerte de Artemio Cruz: una novela de denuncia y traición*. México: Universidad Autónoma de México, 1982.
- Williams, Shirley A. "Mito e Historia en *Terra Nostra* de Carlos Fuentes." *De la crónica a la nueva narrativa mexicana. Coloquio sobre literatura mexicana*. Ed. Merlin H. Forster y Julio Ortega. México: Oasis, 1986.